

Germán Luco

El Zarco

— **P**UCHAS el hombre bien reagrio . . .
—¿Cuál?
—Ese don Zarco . . .
—¿Ha visto que está bien equivocao . . .?
¡Si nues ná hombre . . . ! Son las trazas no más, porque es mujer, es viua y manija al utual . . .

Los caballos salían de una colcha de palos, pisando con tiento. Nosotros les habíamos botado las riendas sobre la cabeza del avío, para no incomodarlos, pero íbamos tan sensibles al peligro del camino, que los nobles brutos parecían conectarnos la zozobra.

—Suelte, pero afirmelé, mire que un tastabillón de la bestia lo puee disparar de caeza . . .

Recogí un poco la rienda. Las pezuñas golpeteaban la palería como en un piano y cuando se desprendían de la huella blanducha, hacían ruidos de ventosas. Luego vino un retazo de buen camino, oreado, endurecido. Los caballos se guiñaron con alegría, irguiendo las cabezas, remeciendo los belfos y coscojeando la herrería de los frenos.

—Vaya con el zarco, comuera mujer...

—Toa la vía...

—Nos quea montón de tarde y el camino va mermando.

—Tranqueaores finos los mancos, ¡psh!

—Oiga, don: ganémonos a ese reparo y me cuenta lo del zarco.

—¡Qué me demoro, pues...!

Pie a tierra, desaflojamos las cinchas, desenfrenamos y amarramos las bestias a un macalito orillero.

—¿Usted conoce a los mentaos Otárolas?

—Creo que sí... ¿Tal vez uno grande que estaba en la feria pasá?

—El mismo. Por ey viene la cola del cuento... El zarco, llamémoslo así, ya que usted lo bautizó, es holandesa y se llama Berta, con un apelativo tiritonazo y que hay que mentarlo a juerza de erutos... Debe andar pisando los cincuenta cantores... Al padre, que era colono, le tocó una posesión en la faja cuarta, y como el hombre era trabajaor y tuvo suerte, jué prosperando, hasta que juntó sus quinientas hectáreas, despálás y enjutitas... La finá e su mujer no se despegaba de la crianza, y naiden hacía mejor mantequilla y quesos q'ella. Tuvieron dos hijos: el hombrecito, que nació calambriento y murió de unas fiebres y el «zarco», una chicuela que era una pintura e bonita. Blanca como leche, rosaíta la cara como un arrebol y los ojos celestitos... El padre murió prendío a la mancera y la madre, encima de la cuajá... Eran como fierro pal tra-

bajo... «El Zarco» queó sola, como de unos 18 años; estaba embarneada la coltra, durita, de rajála con l'uña y arrogantaza p'andar, parecía mesmamente un pidén... El mocerío de la región empezó a borneáale el ojo, a dejarse caer a l'hijuela para buscáale la réi a este coirón de amor... Pero contra ná, porque el zarco era tiesazo de lomo... Hubo hasta peleas por ella, y a puñal... Por este mismo camino se las manijaba, galopiando en güen caballo, a lo puro hombre. Nunca le faltaba un revólver y un rebenque trenzado. La muerte de los padres no le mermó las ganancias, porque se trajo unos colonos pobres y siguió al frente de sus crianzas y diun cuantuay... Corrían en la vecindá q'ella iba al pueblo toos los sábados a depositar plata al banco. Galopiaba y galopiaba de ida y se golvía lo mismo, en un resuello, sin parar la bestia, que llegaba tapaíta de suor... Y debe haber tenío sus veinte años, cuando le pasó el suceso... Yo era guaina tuavía; pero llegué a escarbar cuando supe lo que le pasó a la gringuita tan alentá... tan relinda pa la perra suerte... ¿Conoce usted a la hija de don Zamorano? Mejor q'ésa... Y ésa es linda de toa lindura, ¿nuescierto?

Mi amigo carraspeó hondo y mordiéndolo el fiador del sombrero se quedó un rato silencioso, apenado talvez, por el recuerdo que iba a desenterrar. Yo trataba de reconstruir la cara del «zarco», con esos rasgos duros, de mandíbulas filudas, de ojos grises, de boca apretada, como si los labios incoloros fueran la cicatriz de una vieja puñalada. La piel tostada, bronceína, como

espigas remaduras de rastrojo y unos pelos alborotados sobre la frente cejijunta, apeñuscada de preocupaciones, reveses, malquerencias y pendencias insatisfechas.

Un hombre rojo, con ojos grises de aluminio frío.

Era muy difícil reconstruir el pasado de ese hombre estropeado, cernido, de pecho ancho sin eminencias y vestido con ropa de diablo-fuerte.

Pero, cerrando los ojos, busqué en la memoria la carita plácida de la hija de Zamorano y la acomodé para corporizar la descripción del amigo, porque del zarco sólo podía vislumbrar un trasunto de hibridez machuna.

Y así, uniendo la imagen de la muchachita Zamorano, logré darle un ápice de belleza a ese hombrón esquivo, que había partido por un cruce de caminos, atornillado en la montura y veloz como una saeta...

—Era invierno, oiga... Taba este camino enjabonado y caa huella carretera era un canal. Los gualves se habían salío p'ajuera y los esteros rebalsaban pa toítos laos... No se podía galopiar sin riesgo... Al puro tranco y al aguaita... Esa jué la condenación de la pobre... Un día sábado iba p'al pueblo, cuando a la güelta de ese camino que ella enderezó áura, le salieron cinco... Ella se tiró a matar al medio, pero el caballo se le encuadriló y la mandó e culito al barro... pa su fataliá...! La enlazaron los muy maricones, pero ella les menió las cinco balas; les mató un caballo y a uno de los saltiaores le dió plomo en un brazo... Entonces, por la vía, la llevaron p'al bosque y ey la amarraron. La gringuita los escupía, los mordía, les corría

patás, pero contraná... Los niñazos se repartieron una confusión de billetes y mandaron buscar un cántaro de vino y un naipe y se jugaron a la gringuita al monte... El ganaor partiría a l'oración y los perdidosos se queaban ey, con las cinchas cortás, pa que no fueran a estorbar al premiao... Dicen que se la sacó un tal Polilla, con un 7 de copa... El tal era un cuatrero amalditao y muy fierazo p'al cuchillo... Convenío, la echó amarrá al anca y se jué cortando caminos, hasta que se encontró con el mayor de los Otárolas, que venía tranqueando detrás de unos bueyes feriaos... ¡Ey jué lo güeno...! Otárola matrerazo, unque estaba enfureció, divisó al Polilla y le vió el atao colgao al anca, que no era borrega por lo delgá ni laucho di harina por lo largo... Y comuel Polilla era pájaro e cuentas, Otárola le enfiló el pingo y lo palabrió de consentimiento... Es q'ey se engalló el Polilla y le remangó un pencazo, y en la güelta del caballo se salió un pie del gangocho retobao... Se trenzaron a lo que q'es penca y Otárola le mandó con la argolla en la nuca y el Polilla queó boquiando el avemaría... Otárola pescó el caballo del jaquimón y después de haber tirao al Polilla aentrito del cerco, las galopió a la traviesa... En un reparito comueste desató el retobo y se encontró con la gringuita... Iba amordazá... Dicen que se jué comuhacha a besálo y le prometió matrimonio, por lo arriesgoso... Pero, después encontraron al Polilla, medio comío por los perros, y averiguaciones van y vienen, dieron con que Otárola lo había desnucado del pencazo... Lo mandaron

10 años a la cárcel; pero, por poderes y plata que gastó la gringuita, le conmutaron la pena y cuando salió libre se casaron... Otárola nuera rico, pero tenía un bien pasar, unque con el matrimonio parece que se ensoberbeció y olvidó lo que antes había sido... Comuel común e los cristianos, ¿nuescierto? Pa la maire que los parió en pelotas nuay lisonja, porque esta vía es aventura pa ilante, que p'atrás quea too borrao... Sólo el güey, que ha sido toro, se acuerda p'atrás... Oiga, mire, sería más mejor que juéramos caminando, que con la largura del cuento se nos van arrancando las luces... Así llegamos al río antes del escurana y podimos enfilear diavivio el vao...

Enfrenamos, apretamos las cinchas y otra vez al tranco; más ágiles los caballos con el descanso, pero siempre con la cabeza agachada, buscando las huellas, tentando con los ojos antes de colocar la pezuña.

—Ese Otárola, que encontramos en la feria, es hermano menor del otro... del finao de la gringuita...

—Bien plantao el mozo...

—Pero el finao era más vistoso, más valiente y tenía el caráuter de pluma... Las mujeres se lo peliaban; las dejaba con la boca abierta como volaor de luces; contimás quera muy desprendió pa la plata... A una prima hermana mía, que l'hizo un niño, le regaló una yunta de bueyes, una vaca paría y una carreta cruíta. Dicen que daba un pañuelo e sea por un beso... Hay que ver quera voltario... Yo tenía qué hacer con el jardín de chamantos que se ponía, con las botas calzón relum-

brantes de platería y con respuntes coloretiaños... Usaba unas fajas de siete metros de largo y dos manos de ancho... Se acomodaba común dije y por eso las chucuelas le decían al pasar: «Dios te guarde», y «vení pa abrazáte», y «quién juéra faja, chamanto y sombrero lacho encima de esa cresperia retinta»... Si ley de decir verdá, nunca jué más compensá una mujer tan linda con un hombre tan bien pareció...

—Lo que hoy, Otárola sería la niña y «el zarco» la mujer, porquella está muy fierá...

—Los sufrires, don... Una pena juerte mata... En una noche se pintan las canas; en dos noches se enjuta el corazón, y a la tercera le chifla la pelá en los güesos...

—No se me esté espavilando... ¿Y qué le pasó a Otárola?

—Yastá dicho que era, pa los amoríos, mandao hacer sobre media y pal crapicho de toas las hijunas... Ey tuvo su perdición... La gringuita le salió mostrenca... ¡Por ese lao es menos mujer! Pero el indino se largó a meter basa en toítas partes, y nuavía casa en que no salieran Otárolas, Otárolas y Otárolas... Patentes a la pinta del padre... Ella nuera celosa y lo dejaba hacer, siempre que respetara la casa... Cinco años durarían en ese juego... ¿Qué más pu?... No puée hacer más, porque yo tenía unas medias con mi compadre Nicéforo y lo vide muchas veces en el camino. A la atardecía, después de arreglase, picaba el gallo pa sus correrías. Dicen que golvía tardaza la noche, o cuando se rompía el filo e luna con esos cerros del frente...

Pero una noche, llegó temprano... Estaban toos recogios en las casas, y sintieron al caballo que se paraba al lao del correor... El bruto patiaba, patiaba, como llamando... Y Otárola no se bajaba, hasta que la gringuita le pegó el gritón diaentro: «¿Qui hubo, m'hijo...?» Naiden le contestó... Entonces ella destrancó la puerta p'ayudálo, creyendo que se había propasao en el vino... ¡Ave María lo que vido...! Otárola estaba amarraíto con el lazo, desde las arcioneras trenzás en las piernas hasta la caeza, sujeta al pescuezo de la bestia, y los brazos le colgaban pa ilante... Era una compasión de barro y sangre... Muertecito venía, cosío a puñalás... L'hizo harto luto al finao la gringuita... Encerrá en su casa lloraba toíto el día, y ofreció un premio pa los que pillaran a los saltiaores... Pero s'hicieron humo... Parece que se jueron pa l'Argentina... Y un día apareció vestía de hombre con las ropas del finao; se cortó el pelo al rape y nuera ni sombra de la lindura que había sío... Mecón que se puso fieraza pa mirar, asoslayá, turbios los ojos... Daba miedo véla tan desaparecía de mujer... Siempre sola, renegando y ejándose morir, curtiéndose con el viento y el sol, endurecía de sentires. Pasaron los años y no queó ni un rastro e la gringuita... Como si se la hubieran comío los pájaros... Naiden golvió a mencionar al finao Otárola, unque dijeron que lo habían sentenciao por la «dita» del Polilla. Después empezaron a mermurar d'ella... Muertos que aparecían en los caminos, males impuestos y una tracalá de cuentos, que dejaban sin dormir a los vecinos de la faja cuarta. Lo

cierto jué q'el zarco priendió fama de vengativo... Y aquella preciosura e mujer se golvió ese hombrón azaroso, feo común diablo y más agrio quel palque... La voz—ya la oyó usted—parece una regoltura de vino y tabaco. Esa cicatriz que tiene entre las cejas, jué una corná de un novillo cáita... Y pa los combos, no habiendo otra mano más tremenda, si cuando pega parece que lo hiciera con el ojo del hacha... Algunos llegan a ecir que tiene pauto con el diablo, pa haber desapareció la mujer y dar compostura a ese hombronazo tan amalditao...

El hombre seguía platicando, chispeante la imaginación, como si la referencia de su cuento, que había empezado de mala gana, le hubiera ido calentando el seso.

Pero, como sus observaciones ya iban repitiéndose y el interés del relato se desmayaba en tanta puerilidad o en tanta filosofía minúscula, le interrumpí bruscamente:

—¿Y pa qué se ha vestío de hombre la hijuna...?

—Ese es otro cuento...

—Yo he conocío mujeres, con refajos bien apretinaos, tan valientes como el hombre de más bragueta...

—Asiserá, pero la gringuita se vistió de hombre pa vivir con la hermana de Otárola... La tiene muy acomodá en su casa, y ella le dice don, y «el zarco» le ice m'hijita linda...

Y el cuentista se ahoga con una carcajada formidable, y es tan retozona su risa, que los ojos se le colman de lágrimas...

—¡Güena cosa e zarco diablo...! Que haya gusto

pa too, ¿nuescierto?. Hasta pa pasar la pena de un finao hay compostura en la vida...

—Bonita su historia...

—¿Bonita no más?... La purita verdá, don...

Yo me encogí de hombros y afirmé las riendas, y partimos, galopando para descontar el tiempo perdido en oír ese cuento del zarco...

Me lo contó un caminante cualquiera, que se aparejó conmigo a la salida de la aldea y se despidió con un manotón amistoso, como si nos hubiéramos conocido toda la vida...

Mañana me encontraré con otro caminante anónimo, que me pedirá fuego para su cigarrillo y me contará la historia del hombre que me habló tan largamente de ese fiero «zarco», que fué en su mocedad la mujer más encantadora de la región.